

12º domingo Tiempo ordinario (B)

EVANGELIO

¿Quién es éste, a quien hasta el viento y el mar obedecen?

+ Lectura del santo evangelio según san Marcos 4, 35-41

Un día, al atardecer, dijo Jesús a sus discípulos: «Vamos a la otra orilla». Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba; otras barcas lo acompañaban.

Se levantó un fuerte huracán, y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua. El estaba a popa, dormido sobre un almohadón.

Lo despertaron, diciéndole: «Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?». Se puso en pie, increpó al viento y dijo al lago: «¡Silencio, cállate!». El viento cesó y vino una gran calma. El les dijo: «¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?». Se quedaron espantados y se decían unos a otros: «¿Pero quién es este? ¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!».

Palabra de Dios.

HOMILIA

**2014-2015 -
21 de junio de 2015**

¿POR QUÉ SOMOS TAN COBARDES?

(Ver homilía del 21 de junio de 2009)

José Antonio Pagola

HOMILIA

**2011-2012 -
24 de junio de 2012**

POR QUÉ TANTO MIEDO

La barca en la que van Jesús y sus discípulos se ve atrapada por una de aquellas tormentas imprevistas y furiosas que se levantan en el lago de Galilea al atardecer de algunos días de verano. Marcos describe el episodio para despertar la fe de las comunidades cristianas que viven momentos difíciles.

El relato no es una historia tranquilizante para consolarnos a los cristianos de hoy con la promesa de una protección divina que permita a la Iglesia pasear tranquila a través de la historia. Es la llamada decisiva de Jesús para hacer con él la travesía en tiempos difíciles: "¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?".

Marcos prepara la escena desde el principio. Nos dice que "era al atardecer". Pronto caerán las tinieblas de la noche sobre el lago. Es Jesús quien toma la iniciativa de aquella extraña travesía: "Vamos a la otra orilla". La expresión no es nada inocente. Les invita a pasar juntos, en la misma barca, hacia otro mundo, más allá de lo conocido: la región pagana de la Decápolis.

De pronto se levanta un fuerte huracán y las olas rompen contra la frágil embarcación inundándola de agua. La escena es patética: en la parte delantera, los discípulos luchando impotentes contra la tempestad; a popa, en un lugar algo más elevado, Jesús durmiendo tranquilamente sobre un cojín.

Aterrorizados, los discípulos despiertan a Jesús. No captan la confianza de Jesús en el Padre. Lo único que ven en él es una increíble falta de interés por ellos. Se les ve llenos de miedo y nerviosismo: "Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?".

Jesús no se justifica. Se pone de pie y pronuncia una especie de exorcismo: el viento cesa de rugir y se hace una gran calma. Jesús aprovecha esa paz y silencio grandes para hacerles dos preguntas que hoy llegan hasta nosotros: "¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?".

¿Qué nos está sucediendo a los cristianos? ¿Por qué son tantos nuestros miedos para afrontar estos tiempos cruciales, y tan poca nuestra confianza en Jesús? ¿No es el miedo a hundirnos el que nos está bloqueando? ¿No es la búsqueda ciega de seguridad la que nos impide hacer una lectura lúcida, responsable y confiada de estos tiempos? ¿Por qué nos resistimos a ver que Dios está conduciendo a la Iglesia hacia un futuro más fiel a Jesús y su Evangelio? ¿Por qué buscamos seguridad en lo conocido y establecido en el pasado, y no escuchamos la llamada de Jesús a "pasar a la otra orilla" para sembrar humildemente su Buena Noticia en un mundo indiferente a Dios, pero tan necesitado de esperanza.

José Antonio Pagola

HOMILIA

2008-2009 – RECUPERAR EL EVANGELIO

21 de junio de 2009

¿POR QUÉ SOMOS TAN COBARDES?

¿Por qué sois tan cobardes?

«¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?». Estas dos preguntas que Jesús dirige a sus discípulos no son, para el evangelista Marcos, una anécdota del pasado. Son las preguntas que han de escuchar los seguidores de Jesús en medio de sus crisis. Las preguntas que nos hemos de hacer también hoy: ¿Dónde está la raíz de nuestra cobardía? ¿Por qué tenemos miedo ante el futuro? ¿Es porque nos falta fe en Jesucristo?

El relato es breve. Todo comienza con una orden de Jesús: «*Vamos a la otra orilla*». Los discípulos saben que en la otra orilla del lago Tiberíades está el territorio pagano de la Decápolis. Un país diferente y extraño. Una cultura hostil a su religión y creencias.

De pronto se levanta una fuerte tempestad, metáfora gráfica de lo que sucede en el grupo de discípulos. El viento huracanado, las olas que rompen contra la barca, el agua que comienza a invadirlo todo, expresan bien la situación: ¿Qué podrán los seguidores de Jesús ante la hostilidad del mundo pagano? No sólo está en peligro su misión, sino incluso la supervivencia misma del grupo.

Despertado por sus discípulos, Jesús interviene, el viento cesa y sobre el lago viene una gran calma. Lo sorprendente es que los discípulos «*se quedan espantados*».

Antes tenían miedo a la tempestad. Ahora parecen temer a Jesús. Sin embargo, algo decisivo se ha producido en ellos: han recurrido a Jesús; han podido experimentar en él una fuerza salvadora que no conocían; comienzan a preguntarse por su identidad. Comienzan a intuir que con él todo es posible.

El cristianismo se encuentra hoy en medio de una «*fuerte tempestad*» y el miedo comienza a apoderarse de nosotros. No nos atrevemos a pasar a «*la otra orilla*».

La cultura moderna nos resulta un país extraño y hostil. El futuro os da miedo. La creatividad parece prohibida. Algunos creen más seguro mirar hacia atrás para mejor ir adelante.

Jesús nos puede sorprender a todos. El Resucitado tiene fuerza para inaugurar una fase nueva en la historia del cristianismo. Solo se nos pide fe. Una fe que nos libere de tanto miedo y cobardía, y nos comprometa a caminar tras las huellas de Jesús.

José Antonio Pagola

HOMILIA

2005-2006 – POR LOS CAMINOS DE JESÚS

25 de junio de 2006

¿POR QUÉ TANTO MIEDO?

¿Por qué sois tan cobardes?

La tempestad calmada por Jesús en medio del lago de Galilea siempre ha tenido gran eco entre los cristianos. Ya no es posible conocer su núcleo histórico original. Marcos ha trabajado el relato para invitar a su comunidad, amenazada por la persecución y la hostilidad, a confiar en Jesús.

La escena es sobrecogedora. La barca se encuentra en medio del mar. Comienza a echarse encima la oscuridad de la noche. De pronto, se levanta un fuerte huracán. Las olas rompen contra la barca. El agua lo va llenando todo. El grupo de Jesús está en peligro.

Dentro de la barca, los discípulos están angustiados: en cualquier momento se pueden hundir. Mientras tanto, Jesús «*duerme*» en la parte trasera, tal vez en el lugar desde el que se marca el rumbo de la embarcación. No se siente amenazado. Su sueño tranquilo indica que en ningún momento ha perdido la paz.

Los discípulos lo despiertan: «*¿No te importa que nos hundamos?*». El miedo les impide confiar en Jesús. Sólo ven el peligro. Dudan de Jesús. Le reprochan su indiferencia: ¿por qué se desentiende?, ¿ya no se preocupa de sus seguidores? Son preguntas que brotan en la comunidad cristiana en los momentos de crisis.

La respuesta de Jesús es doble: «*¿Por qué sois tan cobardes?*», ¿por qué tanto miedo? A los discípulos les falta confianza, no tienen valor para correr riesgos junto a Jesús. «*¿Aún no tenéis fe?*». Los discípulos viven la tempestad como si estuvieran solos, abandonados a su suerte; como si Jesús no estuviera en la barca.

Nuestro mayor pecado en una Iglesia en crisis es cultivar el miedo. El miedo agiganta los problemas y despierta la añoranza del poder del pasado. Nos lleva a culpabilizar al mundo, no a amarlo. Genera control y ahoga la alegría. Endurece la disciplina y hace desaparecer la fraternidad. Donde comienza el miedo termina la fe.

Lo que necesitamos en momentos de crisis es reflexión valiente y lúcida sobre la situación, autocrítica serena de nuestros miedos y cobardías, diálogo sincero y colaboración confiada. ¿Qué apporto yo a la Iglesia?, ¿miedo o fe?, ¿pesimismo o confianza?, ¿turbación o paz?

José Antonio Pagola

HOMILIA

2002-2003 – REACCIONAR

¿DUDAS O INDIFERENCIA?

¿Por qué sois tan cobardes?

Siempre es saludable, en una época de crisis como la actual, ir clarificando todo aquello que nos impide adoptar una postura lúcida y honesta. Concretamente y por lo que se refiere a la crisis religiosa del hombre contemporáneo, es imprescindible distinguir bien lo que es duda religiosa y lo que es indiferencia.

El hombre que duda desde una actitud sincera no rechaza nada. Tampoco se mantiene indiferente. Sencillamente busca, indaga, trata de encontrar razones para creer de manera responsable. Esta duda es noble y digna de todo respeto. *Jean Lacroix* llega a decir que «si muchos de nuestros contemporáneos guardan una actitud de duda parcial o total ante ciertos dogmas es porque, muchas veces, no pueden en conciencia hacer otra cosa».

No hemos de olvidar que la teología siempre ha afirmado que el acto de fe, como cualquier otro acto humano, para ser responsable, ha de estar justificado en la propia conciencia. Una persona no debe confesar lo que la Iglesia confiesa, si en conciencia cree que no lo debe hacer. *Santo Tomás de Aquino*, el teólogo más eximio de Occidente, no tiene reparo en afirmar que «creer en Cristo es algo bueno en sí mismo, pero es inmoral si la razón estima que es malo, pues cada uno debe obedecer a su conciencia, incluso cuando es errónea».

Naturalmente, estamos hablando de aquellos que dudan porque quieren ser honestos y no se contentan con adoptar ciegamente una postura ligera e irresponsable.

La indiferencia es otra cosa muy distinta. El que adopta una postura indiferente ante las cuestiones fundamentales de la religión está eludiendo en definitiva la cuestión del sentido último de la vida y, en la medida en que vive de manera indiferente, está deshumanizando su existencia.

La razón es simple. El escepticismo no deja de ser una enfermedad de la inteligencia pues impide a la persona buscar la verdad con decisión, y una enfermedad de la voluntad pues lleva al hombre a refugiarse en un mundo de desconfianza y sospechas teóricas para no verse obligado a tomar una postura más comprometida y responsable.

En el fondo de la crisis religiosa del hombre contemporáneo hay probablemente mucho más de indiferencia interesada y escepticismo cobarde que de duda honesta y responsable. Por eso es saludable escuchar las preguntas de Jesús: «*¿Por qué sois tan cobardes? ¿Por qué no tenéis fe?*».

Yo invitaría al que se dice increyente y agnóstico a reducir todas las cuestiones a algunas pocas preguntas esenciales:

¿qué es exactamente lo que no crees?, ¿qué es lo que te resistes a creer? Esa postura de indiferencia, ¿es resultado de una búsqueda sincera o la coartada de quien no se atreve a vivir de manera más profunda y comprometida?

José Antonio Pagola

HOMILIA

1999-2000 – COMO ACERTAR

ELIMINAR MIEDOS

¿Por qué sois tan cobardes?

A nadie sorprende que una persona sienta miedo ante un peligro real. La vida es una aventura no exenta de riesgos y amenazas. Por eso el miedo es sano, nos pone en estado de alerta y nos permite reaccionar para orientar nuestra vida con mayor sentido y seguridad.

Lo que resulta extraño es que siga creciendo en la sociedad moderna el número de personas que viven con sensación de miedo pero sin motivo aparente. Individuos atrapados por la inseguridad, amenazados por riesgos y peligros no formulados, habitados por un miedo difuso, difícil de explicar.

Este miedo hace daño. Paraliza a la persona, detiene su crecimiento, impide vivir amando. Es un miedo que anula nuestra energía interior, ahoga la creatividad, nos hace vivir de manera rígida, en una actitud de continua autodefensa. Esa inquietud no resuelta impide afrontar la vida con paz y, muchas veces, conduce a una vida ajetreada y frívola para acallar la desazón interior.

Sin duda, el origen de este miedo insano puede ser diferente y requiere en cada caso una atención específica adecuada. Pero no es exagerado decir que, en bastantes, tiene mucho que ver con una existencia vacía, un individualismo empobrecedor, una falta abrumadora de sentido y una ausencia casi total de vida interior.

La exégesis actual está destacando, en la actuación histórica de Jesús, su empeño por liberar a las gentes del miedo que puede anidar en el corazón humano. Los evangelios repiten una y otra vez sus palabras: «*No tengáis miedo a los hombres*», «*no tengáis miedo a los que matan el cuerpo*», «*no se turbe vuestro corazón*», «*no seáis cobardes*», «*no tengáis miedo, vosotros valéis más que los gorriones*». B. Hanssler llega a decir que Jesús es «*el único fundador religioso que ha eliminado de la religión el elemento del temor*».

La fe cristiana no es una receta psicológica para combatirlos miedos, pero la confianza radical en un Dios Padre y la experiencia de su amor incondicional y eterno, pueden ofrecer al ser humano la mejor base espiritual para afrontar la vida con paz. Ya el fundador del psicoanálisis afirmaba que *«amar y ser amado es el principal remedio contra todas las neurosis»*. Por eso, nos hace bien escuchar las palabras de Jesús a sus discípulos en medio de la tempestad: *«¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?»*

José Antonio Pagola

HOMILIA

1996-1997 – DESPERTAR LA FE

22 de junio de 1997

LE IMPORTA

¿No te importa que nos hundamos?

Hay formas de entender la religión que, aunque estén muy extendidas, son falsas y desfiguran sustancialmente la realidad de Dios y la experiencia religiosa. No son cosas secundarias, sino de fondo.

Veamos un ejemplo. Son bastantes los que se imaginan como dos mundos de intereses. Por una parte, están los intereses de Dios. A él le interesa su gloria, es decir, que las personas crean en él, que lo alaben y que cumplan su voluntad divina. Por otra, están los intereses de los humanos que nos afanamos por vivir lo mejor posible y ser felices.

A Dios, evidentemente, le interesa «lo suyo» y trata de poner al hombre a su servicio. Impone sus diez mandamientos (como podía haber impuesto otros o ninguno) y está atento a cómo le responden los hombres. Si le obedecen los premia, en caso contrario los castiga. Como Señor que es, también concede favores; a unos más que a otros; a veces gratuitamente, a veces a cambio de algo.

Los hombres, por su parte, buscan sus propios intereses y tratan de ponerle a Dios de su parte. Le «piden ayuda» para que les salgan bien las cosas; le «dan gracias» por determinados favores; incluso le «ofrecen sacrificios» y «cumplen promesas» para forzarlo a interesarse por sus asuntos.

En realidad, las cosas son de manera muy diferente. A Dios lo único que le interesa somos nosotros. Nos crea sólo por amor y busca siempre nuestro bien. No hay que convencerlo de nada. De él sólo brota amor hacia el ser humano. No busca contrapartidas. No ama al hombre para obtener de él su reconocimiento. Lo único que le interesa es el bien y la dicha

de las personas. Lo que le da verdadera gloria es que los hombres y mujeres vivan en plenitud.

Si quiere que cumplamos esas obligaciones morales que llevamos dentro del corazón por el mero hecho de ser humanos, es porque ese cumplimiento es bueno para nosotros. Dios está siempre contra el mal porque va contra la felicidad del ser humano. No «envía» ni «permite» la desgracia. No está en la enfermedad, sino en el enfermo. No está en el accidente, sino con el accidentado. Está en aquello que contribuye ahora mismo al bien del hombre. Y, a pesar de los fracasos y desgracias inevitables de esta vida finita, está orientándolo todo hacia la salvación definitiva.

En el relato evangélico de Marcos, los discípulos, zarandeados por la tempestad, gritan asustados: «*Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?*» Jesús calma el mar (símbolo del poder del mal) y les dice: «*¿Aún no tenéis fe?*» Mientras no hemos descubierto que a Dios lo que le importa es que no nos hundamos, ¿qué fe tenemos?

José Antonio Pagola

HOMILIA

1993-1994 – CREER ES OTRA COSA

19 de junio de 1994

CONFIAR

¿Aún no tenéis fe?

Apenas se oye hablar hoy de la «providencia de Dios». Es un lenguaje que ha ido cayendo en desuso o que se ha convertido en una forma piadosa de considerar ciertos acontecimientos. Se habla de un hecho «providencial» cuando se produce un suceso feliz e inesperado. Sin embargo, creer en el amor providente de Dios es un rasgo básico del cristiano.

Todo brota de una convicción radical. Dios no abandona ni se desentiende de aquellos a quienes crea, sino que sostiene su vida con amor fiel, vigilante y creador. No estamos a merced del azar, el caos o la fatalidad. En el interior de la existencia está Dios, conduciendo nuestro ser hacia el bien.

Esta fe no libera de penas y trabajos, pero enraíza al creyente en una confianza total en Dios, que expulsa el miedo a caer definitivamente bajo las fuerzas del mal. Dios es el Señor último de nuestras vidas. De ahí la invitación de la primera carta de *san Pedro*: «*Descargad en Dios todo agobio, que a él le interesa vuestro bien*» (1 Pe 5, 7).

Esto no quiere decir que Dios «intervenga» en nuestra vida como intervienen otras personas o factores. La fe en la Providencia ha caído a veces en descrédito precisamente porque se la ha entendido en sentido intervencionista, como si Dios se entrometiera en nuestras cosas, forzando los acontecimientos o eliminando la libertad humana. No es así. Dios respeta totalmente las decisiones de las personas y la marcha de la historia.

Por eso, no se debe decir propiamente que Dios «guía» nuestra vida, sino que ofrece su gracia y su fuerza para que nosotros la orientemos y guiemos hacia nuestro bien. Así, la presencia providente de Dios no lleva a la pasividad o la inhibición, sino a la iniciativa y la creatividad.

No hemos de olvidar, por otra parte, que si bien podemos captar signos del amor providente de Dios en experiencias concretas de nuestra vida, su acción permanece siempre inescrutable. Lo que a nosotros hoy nos parece malo, puede ser mañana fuente de bien. Nosotros somos incapaces de abarcar la totalidad de nuestra existencia; se nos escapa el sentido final de las cosas; no podemos comprender el menor acontecimiento en sus últimas consecuencias. Todo queda bajo el signo del amor de Dios, que no olvida a ninguna de sus criaturas.

Desde esta perspectiva adquiere toda su hondura la escena del lago de Toberíades. En medio de la tormenta, los discípulos ven a Jesús dormido confiadamente en la barca. De su corazón lleno de miedo brota un grito: «*Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?*»

Jesús, después de contagiar su propia calma al mar y al viento, les dice: «*¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?*»

José Antonio Pagola

HOMILIA

1990-1991 – DESPERTAR LA ESPERANZA

23 de junio de 1991

¿DUDA SINCERA O INDIFERENCIA?

¿Por qué sois tan cobardes?

Siempre es saludable, en una época de crisis como la actual, ir clarificando todo aquello que nos impide adoptar una postura lúcida y honesta. Concretamente y por lo que se refiere a la crisis religiosa del hombre contemporáneo, es imprescindible distinguir bien lo que es duda religiosa y lo que es indiferencia.

El hombre que duda desde una actitud sincera no rechaza nada. Tampoco se mantiene indiferente. Sencillamente busca, indaga, trata de encontrar razones para creer de manera responsable. Esta duda es noble y digna de todo respeto. *Jean Lacroix* llega a decir que “si muchos de nuestros contemporáneos guardan una actitud de duda parcial o total ante ciertos dogmas es porque, muchas veces, no pueden en conciencia hacer otra cosa”.

No hemos de olvidar que la teología siempre ha afirmado que el acto de fe, como cualquier otro acto humano, para ser responsable, ha de estar justificado en la propia conciencia. Una persona no debe confesar lo que la Iglesia confiesa, si en conciencia cree que no lo debe hacer. *Santo Tomás de Aquino*, el teólogo más eximio de Occidente, no tiene reparo en afirmar que “creer en Cristo es algo bueno en sí mismo, pero es inmoral si la razón estima que es malo, pues cada uno debe obedecer a su conciencia, incluso cuando es errónea”.

Naturalmente, estamos hablando de aquellos que dudan porque quieren ser honestos y no se contentan con adoptar ciegamente una postura ligera e irresponsable.

La indiferencia es otra cosa muy distinta. El que adopta una postura indiferente ante las cuestiones fundamentales de la religión está eludiendo en definitiva la cuestión del sentido último de la vida y, en la medida en que vive de manera indiferente, está deshumanizando su existencia.

La razón es simple. El escepticismo no deja de ser una enfermedad de la inteligencia pues impide a la persona buscar la verdad con decisión, y una enfermedad de la voluntad pues lleva al hombre a refugiarse en un mundo de desconfianza y sospechas teóricas para no verse obligado a tomar una postura más comprometida y responsable.

En el fondo de la crisis religiosa del hombre contemporáneo hay probablemente mucho más de indiferencia interesada y escepticismo cobarde que de duda honesta y responsable. Por eso es saludable escuchar las preguntas de Jesús: “¿*Por qué sois tan cobardes? ¿Por qué no tenéis fe?*”.

Yo invitaría al que se dice increyente y agnóstico a reducir todas las cuestiones a algunas pocas preguntas esenciales: ¿qué es exactamente lo que no crees?, ¿qué es lo que te resistes a creer? Esa postura de indiferencia, ¿es resultado de una búsqueda sincera o la coartada de quien no se atreve a vivir de manera más profunda y comprometida?

José Antonio Pagola

HOMILIA

1987-1988 – CONSTRUIR SOBRE LA ROCA

19 de junio de 1988

PERDER LA FE

¿Aún no tenéis fe?

No nos resulta siempre fácil hablar sinceramente de nuestras crisis de fe ni de los combates que secretamente mantenemos en el fondo de nuestra conciencia.

Por ello no es extraño que se vayan generalizando en nuestros días una serie de expresiones fáciles y de tópicos con los que algunos tratan de definir su postura personal ante la fe.

Son frases que se van extendiendo entre nosotros y que, tal vez, requerirían una reflexión más seria.

“Soy creyente pero no practicante”. Así se definen hoy bastantes, como si esas palabras expresaran el posicionamiento acabado y perfecto de quien ha descubierto la postura irreprochable y progresista de vivir hoy la fe.

Pero, ¿qué significa en realidad ser creyente y no practicante? ¿Incoherencia personal? ¿Arrinconamiento de la fe al “cuarto trastero”? ¿Incapacidad para poner en práctica, de manera consecuente, las exigencias de la fe?

No parece fácil alimentar responsablemente la fe cuando uno nunca la celebra, la recuerda o la comparte con otros creyentes.

“No sé si tengo fe”. Comprendo muy bien a los que hablan así desde el fondo de la incertidumbre. Sé que la fe está tejida muchas veces de crisis y dudas y que el creyente se purifica y crece en la búsqueda no siempre fácil de Dios.

Pero, ¿no significa a veces esa frase precisamente lo contrario? ¿Una dejación en la búsqueda? ¿Una falta de experiencia personal comprometida?

¿No son bastantes los que abandonan hoy la fe sin haberla conocido ni gustado?

«He perdido la fe» Estas son las palabras que he escuchado a más de uno, sin observar en su rostro el menor sentimiento de pena o pesar.

Y, sin embargo, estas palabras encierran para mí una verdadera desgracia porque perder la fe es realmente *“perder”*. Salir perdiendo.

Perder vida y luz interior. Perder energía humanizadora y esperanza. Perder la capacidad de mirar la existencia hasta el final con confianza. Perder el camino esencial. Perderse lo más importante.

No estoy hablando de otros. Estas frases que hoy comento podrían salir en más de una ocasión de labios de quienes nos decimos creyentes. Todos hemos de escuchar desde muy dentro las preguntas de Jesús: “¿Por qué sois tan cobardes? ¿Por qué no tenéis fe?”.

José Antonio Pagola

HOMILIA

1984-1985 – BUENAS NOTICIAS

23 de junio de 1985

SE CONMUEVEN LOS CIMIENTOS

¿Aún no tenéis fe?

La destrucción creciente de la naturaleza, el agotamiento de los recursos energéticos, la insolidaridad entre los pueblos, la carrera nuclear y tantos otros datos ofrecen un panorama tan desolador del mundo que son muchos los que se preguntan si no habremos alcanzado ya el punto de no retorno.

Algunos presagian que nuestra civilización, como tantas otras, acabará suicidándose. Observadores como C.S. Lewis piensan que cada nuevo poder que logra el hombre actual se convierte en «poder sobre el hombre» y que la conquista final del hombre moderno será la abolición del hombre».

Otros como Birch nos advierten que la tecnología actual en manos de un hombre que no sabe exactamente lo que quiere, «tiende a crear más problemas que los que puede resolver».

Mientras tanto los protagonistas más poderosos del planeta no saben buscar otra solución que no sea la del poder nuclear o tecnológico.

¿Pueden los hombres todavía enderezar el curso de los acontecimientos? ¿Podemos restablecer de nuevo el equilibrio y organizar nuestra convivencia en la tierra sobre bases nuevas que eviten la catástrofe y garanticen un futuro a la especie humana?

Hace unos años, P. Tillich, uno de los más grandes teólogos de nuestro siglo, escribía una obra titulada «Se conmueven los cimientos» para mostrar la importancia de la fe en una época en la que «todos los cimientos de la vida personal, natural y cultural se han conmocionado».

El desastre sólo puede evitarse cambiando de rumbo. Son muchos los que se sonríen irónicamente cuando se hace una llamada a la ética, pero cada vez es más claro que la supervivencia de la humanidad es inseparable de una conversión a la justicia, la solidaridad, la austeridad.

Pero, ¿quién tiene hoy fuerza suficiente para conseguir en el mundo la aceptación de unas pautas y orientaciones morales? ¿Quién puede infundir en los pueblos la fe imprescindible para vivir una ascética de fraternidad?

¿Quién puede sustentar una ética no manipulable y egoísta si no es la fe en un Dios Señor del mundo y Padre de todos? Nadie está obligado a creer en Dios pero nadie debe ignorar las graves consecuencias que se siguen para un hombre que no sabe dar sentido a su vida desde el Absoluto.

Nuestro grito es semejante al de los discípulos en medio de la tormenta: «¿no te importa que nos hundamos?». Y quizá también nosotros necesitamos escuchar las mismas palabras: «¿Por qué no tenéis fe?»

José Antonio Pagola

HOMILIA

1981-1982 – APRENDER A VIVIR
20 de junio de 1982

MIEDO A CREER

¿Por qué sois tan cobardes?

Los hombres preferimos casi siempre lo fácil, y nos pasamos la vida tratando de eludir todo aquello que exige verdadero riesgo y sacrificio.

Cuantos retroceden y se repliegan cómodamente en la pasividad, cuando descubren las exigencias y luchas que lleva consigo el saber vivir con cierta hondura.

Nos da miedo tomar en serio nuestra vida. Da vértigo asumir la propia existencia con responsabilidad total. Es más fácil «instalarse» y «seguir tirando», sin atreverse a afrontar el sentido último de nuestro vivir diario.

Cuántos hombres y mujeres viven sin saber cómo, por qué ni hacia dónde. Están ahí. La vida sigue cada día. Pero, por el momento, que nadie les moleste. Están ocupados por su trabajo, al atardecer les espera su programa de T. V., las vacaciones están ya próximas. ¿Qué más hay que buscar?

Vivimos en un mundo atormentado, y, de alguna manera hay que defenderse. No se puede vivir a la deriva. Y entonces cada uno se va buscando con mayor o menor esfuerzo el tranquilizante que más le conviene, aunque dentro de nosotros se vaya abriendo un vacío cada vez más inmenso de falta de sentido y de cobardía para vivir nuestra existencia en toda su hondura.

Por eso, los que fácilmente nos llamamos creyentes, deberíamos escuchar con sinceridad total las palabras de Jesús: «*Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?*».

Quizás nuestro mayor pecado contra la fe, lo que más gravemente bloquea nuestra acogida del evangelio, sea *la cobardía*. Digámoslo con sinceridad. No nos atrevemos a tomar en serio todo lo que el evangelio significa.

Con frecuencia se trata de una cobardía oculta, casi inconsciente. Alguien ha hablado de la «*herejía disfrazada*» (*M. Bellet*) de quienes defienden el cristianismo incluso con agresividad, pero no se abren nunca a las exigencias más fundamentales del evangelio.

Entonces el cristianismo corre el riesgo de convertirse en un tranquilizante más. Un conglomerado de cosas que hay que creer, cosas que hay que practicar y defender. Cosas que «tomadas en su medida», hacen bien y ayudan a vivir.

Pero, entonces todo puede quedar falseado. Uno puede estar viviendo su «propia religión tranquilizante», no muy alejada del paganismo vulgar que se alimenta de confort, dinero y sexo, evitando de mil maneras el «peligro supremo» de encontrarnos con el Dios vivo de Jesús que nos llama a la justicia, la fraternidad y la cercanía a los pobres.

José Antonio Pagola

Blog: <https://homiliaspagola.blogspot.com/>

Para ver videos de las Conferencias de José Antonio Pagola
<http://iglesiadesopelana3v.blogspot.com>